

Sr. Brian MULRONEY (Primer Ministro, Canadá) (interpretación del francés): Señor Secretario General de las Naciones Unidas, queridos colegas: La semana pasada, en nuestro Día del Recuerdo, cuando me recogía en presencia del Cenotafio de Ottawa, el primer soplo del invierno traía los sonidos del cañón y de los clarines y la música del sacrificio y del dolor. Pensé entonces en los 100.000 jóvenes canadienses que reposan en Vimy, en Dieppe, en Ortona y en otros campos de batalla europeos. Pensé también en los monumentos semejantes que se alzan en Londres, Leningrado, Berlín y pensé en las tumbas del soldado desconocido de Washington y de París. Recordé una vez más nuestra historia común, las experiencias que hemos compartido, buenas y malas, y la importancia de los desafíos que se nos imponen a todos, canadienses, americanos y europeos, en la construcción de la nueva Europa.

El Canadá, Señor Presidente, es un país de América del Norte, con raíces que penetran hondamente en las ricas y diversas culturas de Europa. También nosotros hemos vivido las luchas y los triunfos que tuvieron por escenario a Europa. Nuestros valores se forjaron en el crisol del Nuevo Mundo y se enriquecieron con el contacto de personas venidas de todos los horizontes, pero no por eso llevan menos el sello de Europa.

Nuestros primeros intercambios comerciales, de pieles y de madera, fueron con Europa, y nuestras tierras de adentro fueron descubiertas por exploradores franceses y por empleados británicos de la Hudson Bay Company. La economía del Canadá sigue estando directamente vinculada con la de Europa mediante un comercio e inversiones mutuamente beneficiosos.

Las destrucciones causadas por dos guerras mundiales nos enseñaron que la seguridad es indivisible, que la paz en el Canadá está amenazada si Europa está en guerra, y que un disparo en el Elba, en el Rin o en el Danubio repercute en las vastas praderas canadienses, en el curso de nuestra historia común.

El Canadá tiene en Europa intereses concretos, duraderos, insoslayables. Se derivan de nuestra pertenencia a la OTAN y de nuestras relaciones con la Comunidad Europea y con la importancia del papel que debe desempeñar a partir de ahora la CSCE.

Sr. Mulroney

Hace 15 años, cuando los dirigentes del Este y del Oeste se reunieron por primera vez en Helsinki bajo los auspicio de las CSCE, Europa era presa del antagonismo y el recelo. Ese día comenzaron ellos un largo proceso de reconciliación del que dependían nuestra seguridad y bienestar comunes. Algunos no creían en ese proceso, pensando que las promesas de la CSCE eran deseos piadosos y que los sueños de libertad y democracia se secarían en el terreno árido de la geopolítica y de la ideología. Pero los dirigentes occidentales, el Presidente de la República, la Sra. Thatcher y el Canciller Sr. Kohl, para nombrar solamente unos cuantos, se mantuvieron inquebrantables en sus convicciones. El sueño sobrevivió gracias al poder de una idea invencible y al valor de personas excepcionales como Havel, Antall, Mazowiecki y tantos otros, que no están presentes aquí hoy día. Actualmente se están realizando los sueños concebidos por la CSCE.

Todos aplaudimos su éxito.

(Interpretación del inglés): Pero, Señor Presidente, hoy no tendríamos una cumbre para inaugurar una nueva Europa, si no hubiera sido por la visión y por el valor del Presidente Gorbachov, que reconoció el anhelo de paz que vive en los corazones y en las mentes de todos los hombres y mujeres, y con gran riesgo para sí mismo abrió vías a la cooperación que puso fin a la división histórica entre el Este y el Oeste de Europa. Su gran calidad de estadista estaba en consonancia con la de los Presidentes Reagan y Bush, cuyo liderazgo resuelto y constructivo hizo posible el extraordinario progreso que caracteriza a esta reunión.

Estamos aquí en esta Cumbre para celebrar una Europa que por fin es una, pacífica y libre. Una Alemania democrática y unida es el símbolo y la sustancia de esta nueva Europa. El Canadá felicita calurosamente al Canciller Kohl y a sus colaboradores y nos alegramos con todos los alemanes por su logro histórico y por la contribución que hacen a la paz y la prosperidad en Europa.

Esta Cumbre termina con la guerra fría, firmemente, oficialmente, y esperamos que para siempre, y esta Cumbre pone en marcha una estructura

paneuropea y transatlántica que está en favor de la libertad, la democracia, la justicia y las oportunidades. La declaración de relaciones amistosas entre los 22 antiguos adversarios, firmada esta mañana, asienta principios nuevos importantes. El acuerdo histórico de reducción de fuerzas convencionales firmado esta mañana es un buen comienzo para que los armamentos se ajusten a estos nuevos principios, y el conjunto de medidas de confianza y de seguridad que tenemos ante nosotros representa un verdadero progreso para fomentar la confianza, que es la piedra angular de la paz. Pero la tarea de velar para que nosotros y nuestros hijos tengan un futuro próspero, no se acaba nunca. La OTAN sigue siendo necesaria para la estabilidad en un mundo en rápida transformación; pero estamos convencidos de que la estabilidad podrá conseguirse a niveles mucho más bajos de la fuerza nuclear y de la fuerza convencional. Pronto se terminarán las negociaciones para la reducción de las armas estratégicas y tendremos que volver rápidamente al trabajo para reducir aún más las armas convencionales.

Entretanto tenemos que construir una institución. Si la CSCE ha de conseguir todas sus posibilidades, será absolutamente necesaria una orientación política continuada. El Canadá está en favor de la creación de un marco para reuniones periódicas entre dirigentes gubernamentales, ministros y altos funcionarios. El Canadá está también en favor de un foro parlamentario en el que los representantes elegidos de los 34 países puedan reunirse y cooperar en cuestiones que nos preocupan a todos. Los parlamentarios canadienses participarán activamente en la creación del mandato y del mecanismo de tal asamblea parlamentaria. La CSCE necesita también fomentar entre sus miembros la cooperación en favor del medio ambiente, en asociación con las organizaciones existentes, a fin de hacer frente a las nuevas y nada tradicionales amenazas contra nuestra seguridad común.

Hemos entrado en un mundo en el que los convencionalismos de la soberanía nacional se están convirtiendo en una base demasiado estrecha para resolver los problemas regionales y globales crecientes del deterioro ambiental, la deuda, las drogas, el crecimiento demográfico y, en muchos casos, los problemas de los derechos humanos.

Al contrario de lo que sucede en debates de otros foros, lo que estamos viendo ahora no es el final de la historia, sino los límites de la geografía;

Sr. Mulroney

es el reconocimiento de la amplitud de nuestra interdependencia. La integración se ha acelerado en las regiones de Asia, América del Norte y especialmente aquí en Europa, y también entre unas regiones y otras. Son tendencias positivas que, si se orientan juiciosamente, pueden fomentar la prosperidad y construir la paz.

Pero con el esfuerzo de la integración de las regiones se presenta el riesgo de la exclusión inadvertida y de la creación de un nuevo mundo de muros y de protecciones. Este es un riesgo que nadie debe ignorar y que todos debemos evitar. Entretanto no debemos pasar por alto la posibilidad de que los desacuerdos actuales sobre políticas agrícolas pudieran poner en peligro 40 años de diplomacia económica y las normas del comercio internacional. Debemos resolver esta cuestión en nuestro propio interés económico y en interés del orden internacional.

El orden internacional se ve desproporcionadamente afectado por el carácter de las relaciones entre los países industrializados. La historia muestra que las Naciones Unidas no funcionan bien si esta región se paraliza, y esta región no tendrá paz, si las naciones del mundo sólo están unidas de palabra. Por eso, nuestra tarea aquí, Señor Presidente, creo yo, es fortalecer la cooperación regional en sí misma y crear condiciones en que las Naciones Unidas puedan tener éxito: una meta que se ha visto demasiado frecuentemente frustrada por las mismas tensiones que estamos enterrando aquí hoy.

El final de la guerra fría nos ofrece la ocasión de comprender por fin las plenas posibilidades de las Naciones Unidas. Los estadistas que crearon las Naciones Unidas no eran soñadores. Eran realistas y vieron las consecuencias de un mundo que había enloquecido dos veces en 20 años. Crearon un sistema para estimular las mejores cualidades humanas, pero sin ignorar sus peores instintos. Con la conclusión de la Conferencia de San Francisco, los vientos de la guerra fría comenzaron y la función de seguridad colectiva de las Naciones Unidas, clave para la paz de toda la humanidad, se congeló hasta la inmovilidad. La victoria sobre la guerra fue cada vez más difícil de alcanzar que la victoria en medio de la guerra.

Con la respuesta mundial a la agresión iraquí contra Kuwait, hemos redescubierto la extraordinaria capacidad de las Naciones Unidas para proteger la paz y el orden. Esa agresión, si tuviera éxito, socavaría el derecho internacional y el principio básico de la seguridad colectiva consagrado en la Carta de las Naciones Unidas. Lo que, en opinión del Canadá, realmente está en juego en el Iraq no es el petróleo ni el territorio, sino los propios cimientos de la paz. Por ello, no puede permitirse que continúe la violación flagrante cometida por el Iraq contra las normas de la conducta y del decoro internacional.

(Interpretación del francés): Señor Presidente, durante décadas nos hemos armado en previsión del Apocalipsis y hemos dedicado a ello sumas colosales. Justamente en el momento en el que parecía posible recoger los "dividendos de la paz", nos vemos ahora obligados a gastar miles de millones en el Golfo Pérsico. El Canadá tiene que soportar gastos muy elevados. Si consideramos el conjunto de países de la fuerza multinacional, el coste puede cifrarse ya en decenas de miles de millones de dólares. Imaginemos la incidencia que estos fondos podrían tener para reducir el déficit de nuestros propios países. Imaginémonos la incidencia que podrían tener tales fondos para mejorar el destino de los habitantes del tercer mundo. Imaginemos el impacto que estos millones de dólares tendrían para acelerar la reconstrucción de la Europa oriental y de la Unión Soviética. La situación actual del Golfo Pérsico nos obliga a aceptar que es cosa de todos el controlar mejor las exportaciones de armamentos. Porque es evidente que el exceso de armamentos del Iraq explica en parte el grave problema que vivimos. Hay que fortalecer la colaboración para impedir la proliferación de los artefactos de destrucción masiva.

Por el bien del mundo entero, es necesario que las Naciones Unidas puedan imponerse en este terreno, y también es necesario que puedan enfrentarse a todas las nuevas amenazas que se ciernen contra nuestra seguridad colectiva. Para que las Naciones Unidas puedan cumplir integralmente su función, es necesario que la CSCE pueda cimentar la comunidad de intereses de los países de Europa y de América del Norte.

Sr. Mulroney

Señor Presidente, esta Cumbre no es solamente un adiós a la guerra fría. También es la inauguración de una nueva Europa, en paz consigo misma y asociada a la creación de un mundo pacífico, justo y próspero. Tal es, Señor Presidente, la promesa que esta Cumbre lleva consigo, y tal es la promesa que debemos cumplir. Gracias.